

curar un mayor bienestar colectivo, a expensas del sacrificio de pequeños intereses personales, hay que renegar de ella, porque no sirve para nada. La categoría moral de un hombre se mide por el plano en que se mueven sus afanes: su propio yo, su familia, su clan, la Humanidad. Sólo es perfecto el que siente como suyos los dolores de aquellos a quienes está ligado por la sola cualidad de ser, como ellos, un hombre.

Esta es, pues, la fórmula escueta de la situación: hay un grupo de hombres que sufren; todos tenemos por igual el deber de contribuir con nuestro esfuerzo a calmar ese sufrimiento, y más que todos, aquellos que conocemos de cerca las causas de los males que les afligen.

* * *

Tal vez no sea justo del todo decir en plural *los males*. Hablé al principio de dos: penuria económica y esclavitud social. No es difícil ver que en el año en que vivimos, de 1928, estas dos lacras no son si no la manifestación diversa de una sola condición: la derrota en la vida. No tengo por qué decir ahora si es justo o no que el símbolo del poder social sea el dinero. Me limito a hacer constar que *lo es*. Pero me interesa dejar estereotipada la fórmula esencial del problema: hay entre los médicos, considerados como clase social, un sufrimiento económico mucho más intenso y mucho más grave que en cualesquiera otro de los sectores de la actual organización del Estado. Estoy dispuesto a probar como haga falta, esta amarga, esta cruel verdad, que necesita ser voceada a la faz de la muchedumbre para humanizar su actitud para con los médicos.

El 30 por 100 de los médicos españoles en ejercicio viven en la mayor estrechez económica. El 60 por 100 vive sin apuros, pero con rendimientos que no son proporcionados a su esfuerzo. El 10 por 100 vive holgadamente.

Y si ahora se computa este desastroso resumen de la situación económica de la profesión en España con la medida de horas de labor que el médico dedica a sus tareas, se llega inmediatamente a esta conclusión: dentro del régimen actual de trabajo no hay tarea manual o intelectual más injustamente recompensada que la del médico. ¿No será legítimo que el Estado entero ponga ese afán de justicia social que caracteriza a las naciones civilizadas en remediar una situación que es fundamentalmente injusta?

Nadie querrá objetar que si el médico no gana dinero, recibe en cambio la recompensa del respeto y de los honores multitudinarios. Quien así habla es un estafador moral: quiere pagar el trabajo en papel-moneda de un Banco en quiebra. Si el médico se satisface o no con el sentimiento de su deber cumplido, ese es un asunto entre su conciencia y él. La sociedad no tiene por qué intervenir en este diálogo. Su único deber estriba en pagar justa y proporcionalmente los servicios profesionales, para que la vida de muchos sea posible sin claudicaciones vergonzosas.

* * *

Nuestro criterio sobre los problemas de la profesión adolecerían, sin embargo, de un intolerable partidismo si pretendiéramos considerarlos como las incidencias de una sañuda persecución que arbitraria y obstinadamente dirigiera el mundo entero contra los servidores de la medicina.

No es así, por fortuna. Aun el sentimiento de hostilidad innegable que el